

Visitas literarias

Gabriel Miró

El arrabal del sur no prescribió la muerte del Señor hasta las cinco de la tarde. A las cinco sonaron sus sirenas de despedida, sus adioses a todo trabajo. Poco después empezaron a alumbrarse faroles de las calles, como candelas en velatorio. Y a desfilan obreros hacia centros vitales de la urbe. Y a quedar el paisaje extrarrabal como un asunto místico sin figuras. Vallas, carteles rotos, solares, acacias, ropa tendida, llanura, cielo rosa. Y a lo lejos bocinas como ayes de níquel en el aire, y timbres del tranvía como sollozos de metal hacia estrellas.

Con estos leves indicios, el alma, exigente de concordancias, buscaba por todas partes de este arrabal, donde apacentar ansias solemnes de conmemoración cristiana. La muerte del Señor era una cuestión de simple domingo en este arrabal. Paz y bares. Soledad y taberna. Tristeza amarilla de crepúsculo y taxis. Locomotoras inexorables en fuga puntual. Limpia-botas en plazas. Cerveza y marisco.

¿Qué hacer? Sin óleo, sin campanas, sin tinieblas absolutas... Pues eso: breve peregrinación: aquella casa en penumbra: visita pastoral al recatado: consulta de sibila.

—¿Gabriel Miró?

Gabriel Miró, en veste doméstica, estaba rodeado de familia y familiares. Como un patriarca. Parecía consolarse de la muerte de Dios apretándose, a esas horas, con los suyos, anudando más fuerte el cingulo de la existencia, evitando pensamientos eternos y anonadores a fuerza de afectos cercanos e inmediatos.

(¿Es Miró un místico?)

Desde luego, lo que es Miró: un fervoroso.

No sólo yo había buscado refugio de fervor en Jueves Santo cerca de Gabriel Miró. También Pedro Salinas. Otro fervoroso, que acude frecuentemente a Miró como para testimoniarle su «renacimiento» en la nueva literatura. Salinas y yo encuadramos a Miró como dos interrogantes amistosas.

Los dos le preguntamos sobre temas accidentales: su nueva edición de *El obispo leproso*, agotada la primera. Sus gustos de pintores levantinos.

Salinas—delicado—vió en mí un cierto celo de preguntas más sistemáticas y decididas, y nos abandonó respetuosamente.

Mientras Miró despedía a Salinas yo despedía una curiosidad largo tiempo contenida sobre



Caricatura de GABRIEL MIRÓ, por Bagaría.

Gabriel Miró: su utilaje de construcción. El porqué de su vuelta a los primeros valores de la literatura actual.

No tardé mucho en satisfacerme. La librería de Miró era un auténtico taller. Un foco de constructivismo. Nadie quizá en España, con el *seminario* de poesía bíblico atesorado por Miró en su propia casa. Al pronto, más de un sabio orientalista que de un poeta se hubiera dicho su laboratorio. (Este sentido del laboratorio, de lo no impresionista, es lo que le vale el respeto de la juventud). Sólo viendo su escenario inspirador podía comprenderse la solidez de su inspiración, la calidad patentada de sus arquitecturas.

Cuando nos volvimos a enfrentar Miró y yo pude preguntarle ya unas cuantas preguntas exactas:

—Miró: en usted hay una corriente natural y otra cultural hacia la Biblia, ¿no es cierto?

—Es posible.

—Yo creo que es indudable. Sus orígenes levantinos sé que le hablaron desde muy pequeño con atracciones evangélicas.

—Es verdad. De niño yo abrumaba a mis padres a que

me relataran historias de santos, escenas de la Escritura. Luego, de mayor, la contemplación de mi mundo local me empujó a considerar como eternidades mis raíces natales. Mi paisaje era el de mi padre, el de mi abuelo, el de mis antecesores. Aquello que mis ojos veían lo habían visto todos los de mi misma sangre. Y si esta sangre tenía algo de semita, como la tierra de mi tierra algo de Jerusalén, comprenderá mi vocación por la literatura bíblica.

—Pero, a pesar de esta tendencia biológica, ¿no hubo en su vida un hecho cultural decisivo que le encauzara?

—Desde luego: mi permanencia en Barcelona con los capuchinos y nuestra común tarea en el ensayo de un Diccionario sagrado, al frente del cual estuve como técnico.

—¿Su primera figura bíblica se publicó tras este hecho?

—Sí. Aun cuando algo sobre Job tenía ya escrito.

—¿De modo que su literatura religiosa se fraguó en esa zona mediterránea, cuyos límites fueron Alcoy-Barcelona?

—¿Pero por qué insiste sobre este aspecto parcial de mi obra? *Sigüenza*, por ejemplo, creo que tiene tanto interés como mis escritos sobre la Pasión.

E. Giménez Caballero

(El Sol. Madrid).

—Ya lo sé, Miró. Pero es Jueves Santo.

Miró se sonrió y se conformó a la fecha. Hasta el punto de indicarme:

—Salinas ve en mí un heredero de los imagineros medievales.

Yo reflexioné esta opinión y la puse en atenta crítica.

—No creo que sea su técnica, ante todo, la del imaginero. Precisamente: pienso que sea la contraria. El imaginero estofaba sus bultos envuelto en una corriente colectiva, por *encargo*. Mientras el *encargo* de usted ha sido bien diferente...

—¿Usted cree?...

—Veo yo en usted un reflejo muy siglo XIX, en lo que el XIX tuvo de genuino: la revisión de las tradiciones, el anti-tradicionismo. Actitud que el XIX heredó a su vez de la Enciclopedia. Y la Enciclopedia de la Reforma. No me extrañaría que se supiera usted de memoria la *Vida de Jesús*, de Renán.

—No. Pero la tengo sobre la mesa. Mírela.

—Me lo figuraba. Creo que es en esa corriente inicial ideológica donde hay que ver inserta su obra. (Con lo cual no

quiere decir que, artísticamente, dependa usted de nadie.) ¿Se explicaría si no el recelo de cierto sector espiritual a dejarle pasar, a admitirle? Sus cualidades, lejos de ser las del imaginero, son las del imaginista y las del imaginador.

Miró sonrió otra vez interesado. Y yo proseguí:

—Su obra son las primeras *Notas a la Biblia* que un poeta ha puesto en nuestra literatura española. Y esas notas *no pasan*, así vengan de un poeta como usted. Sin embargo, debía la gente darse cuenta de que usted hace revivir una sacra tradición perdida desde el XVII hasta hoy en nuestro país: la del *Sermón conmovedor* sobre motivos de la Escritura. Malon de Chaide le comprendería a usted ¿no es cierto?

—Eso sí lo creo. Y también lo otro. No sólo no transigen con mis glosas bíblicas aquí, sino en otras partes: Estados Unidos, por ejemplo. Y cuidado que mis fuentes de construcción son puras y leales. Jamás tomé pasajes de los Evangelios apócrifos, ni recurrí a escenas escandalosas de ningún género...

—No se preocupe. Siga laborando con pulcritud y minucia. Ese es el verdadero camino. Por lo menos, para la posteridad, ya que no para la santidad.

Miró, por tercera vez, sonrió. Que fué como afirmar algo, antes de que el gallo cantase tres veces. Cosa que no hizo ni siquiera el apóstol.